

8

¿IRÁS CON JESÚS?

El Evangelio es una historia de amor, una historia que no ha cambiado desde el comienzo del tiempo. El Padre Celestial está llamando a la Novia de Su Hijo de entre toda nación, lengua y tribu. Todo lo que hay en este mundo —vendido al pecado— pasará, pero el Señor y Su Novia, la Iglesia, permanecerán para siempre. Génesis 24 ilustra esta realidad de una forma muy hermosa. Aquí encontramos que Abraham es un tipo de Dios el Padre, el cual manda a Eliezer, su fiel siervo, con la misión de encontrarle una esposa a Isaac, a quien sin embargo le recuerda: “...no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito; sino que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo Isaac”.

Este siervo —Eliezer— tipifica al Espíritu Santo, el cual hace la voluntad del Padre y va en busca de una Novia para el Hijo, y no para Sí Mismo. Tal y como lo hizo Eliezer, cuando el Espíritu de Dios llama a la Novia del Cordero, Él no la obliga a venir, pero respetuosamente

la invita a que venga. Así como el siervo le preguntó a Rebeca, “¿Irás tú con este varón?”, así también el Espíritu de Dios nos está llamando hoy, “¿Vendrás con Jesús? ¿Vas a tomar a este *Hombre* para que sea tu Esposo y Señor para siempre?” Por la fe Rebeca estaba dispuesta y dijo, “Sí, iré”, y dejó todo para formar parte de una familia que nunca había conocido. ¿Vamos entonces a responder también al llamado del Espíritu de Dios, “Sí, iré”, para dejar atrás nuestras viejas costumbres y nuestros propios caminos con el fin de formar parte de algo eterno? A diferencia de Rebeca, todos nacimos ‘cananeos’, por esta razón debemos experimentar el nuevo nacimiento y luego ser transformados a la imagen del único Hijo de Dios, llegando a ser como Él a fin de que estemos listos para unirnos con el Padre para siempre.

Jesús tendrá Su Iglesia, “una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante... santa y sin mancha” (Efesios 5:27). Como Dios declara en Malaquías 3:6: “Yo, el SEÑOR, no cambio...” (NVI). Si vamos a ser discípulos de Jesucristo, y miembros de Su Iglesia, somos nosotros los que debemos cambiar, porque Dios nunca lo hará. En Números 23:19 dice:

Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no bará? Habló, ¿y no lo ejecutará?

Vivimos en una generación en la cual las modas constantemente están cambiando, con una rapidez que nuestros ancestros jamás habrían imaginado. Recordemos que el Señor le dijo a Daniel acerca de nuestros

días: “Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará” (Daniel 12:4). Hoy en día muchos viven corriendo de aquí para allá, pero ¿acaso saben por qué están corriendo, o para dónde van, o incluso por qué están vivos? El conocimiento ha aumentado en gran manera, sin embargo la sabiduría y el entendimiento escasean. Si las cosas parecen estar moviéndose a un ritmo muy acelerado, no olvidemos nunca que la Biblia declara que por encima de todo este mundo está corriendo hacia el juicio. Como Juan escribió en 1 Juan 2:16-17: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”. Un día veremos cumplirse ante nuestros ojos —y más pronto de lo que pensamos— las palabras de Apocalipsis 11:15: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”.

Cuando todo lo demás sea quemado y vuelto cenizas, ¿Qué permanecerá para siempre? El Señor y Su iglesia se elevarán muy por encima de lo que el viejo himno llama “los restos del tiempo”. ¿Deberíamos entonces temer el hecho de ser diferentes a los demás porque pertenecemos a Cristo? ¿Tememos ser diferentes a nuestra generación o por el contrario deberíamos temer no estar en *sintonía* con nuestro Dios? Como miembros de una era materialista, debemos considerar las palabras de Jesús en Mateo 16:26: “¿Qué aprovechará al hombre, si

ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” Nunca nadie gana el mundo entero pero muchos venden sus almas eternas por una pequeña parte de él. ¿Vale la pena? ¿Deberíamos cambiar una eternidad con Jesús por unos pequeños momentos de placer aquí? Por supuesto que darle todo al Señor tiene un costo pero ¡el precio de *no* entregarle todo a Él es infinitamente mayor!

8.1 UN PUEBLO

Como se mencionó antes, cuando se trata de la Iglesia, Dios busca que el *número uno* sea la unidad. Él nunca estará satisfecho con menos. El patrón bíblico para la Iglesia está muy relacionado con la comunidad, o si usamos una traducción más cercana al hebreo, la *congregación*. Las distintas palabras hebreas que se traducen como *congregación* tienen menos connotaciones eclesiásticas hoy en día que el vocablo *iglesia* —que viene de muchos cambios del latín *ecclesia* y fue tomado del griego ἐκκλησία, o *ēkklēsia*, que con el tiempo se transformó en un término religioso—. ³⁶ Todas esas palabras se refieren simplemente a la reunión, asamblea, multitud e incluso la familia del pueblo de Dios. ³⁷ Como miembros de un cuerpo, nunca fuimos llamados a *pisar los pies* de los otros —mientras ejercitamos nuestra recién encontrada *libertad espiritual*— nuestro deber es sacrificar nuestras vidas por los hermanos. Oswald Chambers escribió esto acerca de los creyentes en su libro *En Pos de lo Supremo*: “Él quiere que reconozcas la mala disposición que demostraste, *esa disposición a hacer valer tus propios derechos*. En el momento en

que estés dispuesto a que Dios cambie tu mala disposición, Sus fuerzas regeneradoras empezarán a obrar. En el momento en que te des cuenta del propósito de Dios; lograr que estés debidamente relacionado con Él *y luego con tus semejantes*, Él utilizará todo Su poder para ayudarte a seguir el camino verdadero”.³⁸ (Énfasis añadido).

Estamos tan acostumbrados a vivir en un mundo egoísta y perdido, que caemos en los mismos hábitos de siempre, tratando de ser como los demás. Pero Dios no nos ha llamado a ser igual a todos, así como no llamó a Israel a seguir las costumbres de sus naciones vecinas. Hemos sido llamados a ser nada menos que la casa de Dios:

Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor. En él también ustedes son edificados juntamente para ser morada de Dios por su Espíritu, (Efesios 2:19-22 NVI).

Nuestra posición como discípulos se manifiesta claramente en el deseo de convertirnos en *miembros* de la *iglesia espiritual*, el Cuerpo de Cristo. Como señala 2 Corintios 6:16:

*Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo:
“Habitaré y andaré entre ellos,
Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo”.*

¿Qué mayor privilegio puede pedir cualquiera de nosotros que ser parte de la morada eterna de Dios? ¡Oh, cuán bendecidos somos! Pero, ¿realmente reconocemos el verdadero valor del regalo que Dios nos hace? ¿Hemos olvidado la parábola que Jesús predicó en Mateo 22 acerca del gran banquete de las bodas del cordero? ¿Estaremos entre aquellos que respondan rápidamente a la invitación del Padre o tendrá Él que ir a buscar en los caminos a otros que estén dispuestos a aceptar Su bondad? Si deseamos ser parte de Su Iglesia, entonces debemos darnos cuenta de que somos miembros los unos de los otros, encargados de obedecer las órdenes que Pablo escribió en Filipenses 2, versos 3-4:

Nada bagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. (Énfasis añadido).

Dios nos ha llamado a ser discípulos —varios, no uno solo— en Cristo; no en vano la palabra aparece muchas más veces en plural que en singular en el Nuevo Testamento.

En el Cuerpo de Cristo no solamente somos miembros los unos de los otros, sino que somos llamados a *someternos* el uno al otro, así como al Señor mismo. En la *Nueva Versión Internacional*, Efesios 5:21 ordena: “Sométanse unos a otros, por reverencia a Cristo”. La Reina Valera 1960 señala: “Someteos unos a otros en el temor de Dios”. ¿Por qué es tan importante la sumisión

mutua? Porque sin ésta el Cuerpo de Cristo no puede funcionar. Lo mismo pasa con nuestro cuerpo físico. Imagine si cada órgano de nuestro cuerpo hiciera lo que quisiera, negándose a escuchar al cerebro o a coordinarse con las demás partes. ¡Moriríamos rápidamente!

8.2 LA TIRANÍA DEL “YO”

La cultura moderna se enfoca principalmente en *la individualidad*, ¡razón por la cual hay tanta gente sola en este planeta! Si todo el mundo vive solo para él o ella misma, ¿dónde hay espacio para la comunidad o la caridad hacia los demás? *La tiranía de uno mismo es la mayor esclavitud de todas.*³⁹ ¡Esto lo puedo atestiguar personalmente! Por siempre estaré agradecido a Jesús por haberme rescatado de mi pequeño —y egoísta— mundo. Hay mucho más por hacer en mi vida, pero estoy tan feliz porque Él me ha liberado de la estrechez del egoísmo y búsqueda de mí mismo, permitiéndome en su lugar vivir en la amplitud y la libertad de Su maravilloso amor. Verá, lo que Dios desea en Sus hijos, es que en ellos florezca la *personalidad del Señor*, un hombre nuevo en Cristo que encaje perfectamente con el resto del Cuerpo, una piedra viva unida con otra por la obra del Espíritu Santo. Cuando yo era un joven universitario, una anciana misionera nos exhortó fuertemente a mis hermanos en Cristo y a mí a no vivir como “barcos que pasan en la noche”, llenos de ambiciones egoístas. Ella nos amonestó a amarnos y preocuparnos los unos por los otros, compartiendo tanto nuestras cargas como nuestras alegrías, en una comunión diaria y piadosa. Ese

fue un consejo que jamás olvidaré, que cambió mi vida. Romanos 12:5 declara: *“así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”*.

Oswald Chambers escribió unas palabras muy profundas acerca de la diferencia entre la individualidad y la personalidad:

La individualidad es como un codo, separa y aísla. Es una característica de los niños; pero si confundimos la individualidad con la vida personal, permanecemos aislados. El caparazón de la individualidad es la cobertura natural que Dios creó para proteger la vida personal, pero esa individualidad debe desaparecer con el fin de que la vida personal pueda mostrarse y ser llevada a la comunión con Dios... Dios diseñó la naturaleza humana para Él mismo; la individualidad degrada la naturaleza humana.

Las características de la individualidad son la independencia y la autoafirmación. Es la continua afirmación de la individualidad lo que obstaculiza nuestra vida espiritual, más que cualquier otra cosa.... Lo que hay en su corazón y que no puede ser reconciliado con su hermano es individualidad. Dios quiere llevarlo a estar en unión con Él mismo pero a menos que esté dispuesto a abandonar sus derechos sobre su vida, esto no pasará. “Niégate a ti mismo”, niegue su derecho independiente sobre

usted mismo; en ese momento la *vida verdadera* tendrá la oportunidad de crecer en usted.⁴⁰

¿Debemos aferrarnos con fuerza a “nuestros derechos sobre nosotros mismos” y permanecer como niños toda nuestra vida? O diremos con Pablo: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Corintios 13:11). “Lo que era de niño” incluye mi derecho sobre mi propia vida.

En nuestra sociedad, y aun en nuestras iglesias, hay una gran cantidad de infantilismo, egoísmo, inmadurez, y desconsideraciones hacia otros. Estas actitudes nunca encajarán en el Reino de los Cielos o en la Iglesia bíblica, ya que son contrarias a la propia naturaleza de Dios. En Efesios 3:10-12 Pablo describe plenamente la importancia crucial de la Iglesia de Jesucristo en el plan de Dios. Era el propósito del Padre “desde los siglos... que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”.

A medida que caminamos a la vista de los hombres y de los ángeles, tanto de los fieles como de los caídos, ¿Realmente estamos reflejando “la multiforme sabiduría de Dios” como miembros del Cuerpo de Cristo? ¿Reflejamos Su imagen o mostramos nuestra naturaleza con todas sus fallas y errores? ¿Nos despojamos de nuestros derechos y crecemos para llegar a ser como Jesús nues-

tro Señor?. La verdad es que muchos de nosotros nos quedamos atrapados en lo que Oswald Chambers llama con precisión “el caparazón de la individualidad”. Solo hay una forma de escapar de la horrible esclavitud de nuestra naturaleza caída. Las actividades religiosas, las buenas obras e incluso las buenas intenciones no sirven de nada. *Como Jesús murió, nosotros debemos morir*. Debemos despojarnos de la vieja vida para que la nueva pueda florecer. Es necesario que la dura cáscara de nuestro pecado se rompa. Si negamos nuestros ‘derechos independientes’ entonces la *vida verdadera* tiene la oportunidad de crecer; aquella que nuestro Padre Celestial ha estado deseando que experimentemos desde antes de la fundación del mundo.

9

EL DISEÑO EN LA BIBLIA

En su libro de 1890, *A Larger Christian Life* —*Una Vida Cristiana Más Amplia*—, el predicador y evangelista A.B. Simpson analizó su visión para la Iglesia:

Él —Dios— nos muestra el plan para una iglesia cristiana que es mucho más que una asociación de amigos agradables; no se trata de escuchar una vez por semana un discurso intelectual, disfrutar de entretenimiento musical y designar un *modus operandi* de la obra cristiana. Se trata en realidad de una iglesia que pueda ser la madre y el hogar de toda forma de ayuda y bendición, la cual Jesús vino a dar a la humanidad perdida y a los que sufren, la cuna y el hogar de almas, la fuente de sanidad y purificación, el refugio para el huérfano y el angustiado, la escuela para la cultura y la capacitación de los hijos de Dios, el arsenal donde pueden ser equipados para la batalla del Señor y el ejército que pelea esas batallas en Su nombre. Cristo quiere que ese centro de vida y poder esté

en cada población de este mundo pecaminoso y triste.⁴¹

¿Podemos estar de acuerdo con las palabras de A.B. Simpson? ¿Podemos pedirle al Señor que nos dé nuevamente una iglesia tal y como era en el libro de Hechos; santa, entregada, santificada, *activa* y empoderada desde el cielo? Esta es la iglesia de la cual fue dicho en Hechos 17:6: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá...”. ¿Acaso el mundo de nuestra generación necesita también ser ‘trastornado’? Como Eliseo clamó hace muchos años, cuando iniciaba su servicio a Dios, “¿Dónde está el SEÑOR, el Dios de Elías?” (2 Reyes 2:14 NVI). ¿No clamaremos también nosotros para que Dios haga Su voluntad en nuestra generación? “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el SEÑOR de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Si realmente queremos construir la Iglesia Bíblica de Jesucristo —en toda su belleza y poder— entonces debemos tomar nuestra cruz diariamente y morir a nosotros mismos. Debemos orar como lo hizo Jesús: “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Eliseo comenzó su ministerio con un sacrificio, quemando el arado y los bueyes que su padre terrenal le había encomendado, rompiendo toda conexión con su cómodo pasado en la granja familiar. Él hizo esto para servir libremente a su Padre Celestial, dejando atrás un yugo de este mundo para cargar uno eterno. ¿Permitiremos también nosotros que Dios rompa nuestros yugos terrenales para que seamos libres, todo con el fin de edificar el

Reino del Señor en nuestros días? Los grandes trabajos para Dios siempre comienzan con sacrificio, para que nuestra vida natural sea transformada en la *vida verdadera*, la espiritual. Como Jesús dijo en Juan 6:63: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”.

Si nos aferramos a nuestra vida natural, permaneceremos siendo niños espirituales, limitando el trabajo del poder de Dios en nosotros. Sólo cuando morimos a todas las demandas que nos asedian en nuestra vida, realmente podemos crecer para convertirnos en los hombres y mujeres espirituales que Jesús quiere que seamos. Como señala Efesios 4:14-16, el deseo de Dios para nosotros es “que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, *crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*” (énfasis añadido).

Muchos vientos de doctrina se han extendido a través de iglesias en nuestros días; sin embargo, la Palabra de Dios no ha cambiado en lo más mínimo. ¿Vamos a seguir siendo niños en nuestro pensamiento y teología, arrastrados por la tendencia más reciente, la última enseñanza? o ¿vamos a morir a nosotros mismos con el fin de crecer en la semejanza de Jesucristo? ¿Vamos

a permitir que el Señor nos haga hombres y mujeres de Dios maduros, conocedores de la Palabra de Dios, claros en nuestro pensamiento, santos en nuestras vidas personales, y firmes en nuestro caminar diario con Jesús? ¡Tales hombres y mujeres, discípulos fieles, son muy necesarios en la iglesia de hoy!

Note también que la iglesia es descrita en Efesios 4 como un *organismo viviente*, ya que cada miembro es importante en el funcionamiento del Cuerpo. No todas las células del cuerpo humano tienen la misma función, entonces, ¿por qué debería ser diferente en el Cuerpo de Cristo? Como Isaías 54:2-3 declara:

Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas.

Extenderse hacia la derecha y la izquierda es el trabajo de *cada* miembro del Cuerpo de Cristo, no sólo de un puñado de líderes. Cuando nosotros los creyentes verdaderamente nos convertimos en una comunidad de discípulos de Jesucristo —cada uno trabajando con humildad en las capacidades que el Señor ha dispuesto para nosotros—, entonces podremos trastornar el mundo entero.

A la luz de esto, consideremos otro pensamiento de A.B. Simpson acerca de la iglesia:

La figura de la extensión es la de una tienda de campaña, las cortinas están para ser extendidas y sus cuerdas se alargan. Estas cortinas son sin duda las promesas y las disposiciones del Evangelio, que se extenderán a la amplitud de las necesidades de la vida humana y las multitudes que buscan refugio. Las cuerdas son cuerdas de oración, cuerdas de fe, cuerdas de amor, cuerdas del esfuerzo santo y del servicio. Él nos invita a alargar las cuerdas de la oración. Vamos a pedir más, a dejar que los hilos de la fe sean largos y fuertes. Vamos a creer más plenamente, más firmemente y con más *atrevimiento* que antes. Que las cuerdas del amor sean alargadas hasta que acerquemos al hombre a Cristo con las cuerdas de nuestro propio corazón. Que nuestros esfuerzos por Su reino alcancen un nivel más amplio. *Que cada uno de nosotros haga del mundo nuestra parroquia* y que entendamos que las cosas que son de importancia para la Esposa del Cordero también deben ser de gran importancia a nuestros corazones. “Porque nuestro Creador es nuestro esposo, el Señor de los Ejércitos es su nombre, el Dios de toda la tierra será llamado”⁴² (énfasis añadido).

Cada uno de nosotros tiene un lugar, un papel que desempeñar en la obra que nuestro Señor desea hacer en esta generación. Por encima de todo, es tiempo de construir la Iglesia de Dios sobre bases bíblicas, de acuerdo con el patrón que nuestro Señor ordenó para